

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---

## SECCION OFICIAL

---

Sesión ordinaria del día 7 de Mayo.

Empezó ésta á las diez en punto con las preces de costumbre, asistiendo muchísimos Socios Supernumerarios y de Número, y ocupando la Presidencia el Dr. D. Narciso Pla y Deniel. A invitación de la Presidencia leyó el infrascrito el acta de la sesión anterior, la cual sin la menor protesta fué unánimemente aprobada. Leída el acta, anunció el Sr. Presidente que sólo se había presentado una propuesta para llenar la vacante de Académico de Número anunciada, y que esa propuesta era á favor del Supernumerario D. Luís de Pidal, al cual la Junta Directiva había nombrado por unanimidad Académico de Número, y que había sido aprobado por el Director dicho nombramiento. Cumpliendo con lo que prescribe el Reglamento en su artículo 75, invitó el Presidente á los señores Académicos á que, si lo tenían á bien, presentaran las proposiciones ó hicieran las mociones que juzgaran convenientes al buen régimen y prosperidad de la Academia, y como ningún señor Académico pidiera la palabra al objeto indicado, se la concedió el Presidente al Académico de Número D. Alejandro Tornero, para que reanudara la discusión pendiente.

Con aquella sal ática y gracejo inimitable que caracterizan la elocuencia del Sr. Tornero, expuso, aunque muy sintéticamente, y por vía de exordio, el origen histórico y filosófico del cuento literario, asistió á su desarrollo y nos mostró su progreso á través de las edades, marcando las diferencias que lo separan de la fábula. Se lamentó de la ligereza con que algunos critican á los literatos que cultivan este género literario, demostrando la importancia que realmente tiene, y que ha sido reconocida por los literatos de mayor autoridad, quienes han puesto su firma al pie de algún cuento, ganosos de celebridad literaria. Citó entre ellos á Pérez Galdós, Pereda, Castro Serrano, Sellés, Echegaray, Fernández y González, Valera, Valbuena, Barrionuevo, Frontaura, Picón y D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán. Observó que los literatos suelen iniciarse con algún cuento, y que aunque después se dediquen á obras de más extensión é importancia, no por eso pierden la afición á ese género que cultivaron en la primavera de su vida literaria, y que mejor que ningún otro retrata la genialidad del autor y las exigencias de la moda imperante.

Dijo que á la cabeza de los escritores modernos de cuentos iba doña Emilia Pardo Bazán, que los había escrito en gran número y con una galanura de estilo y con una frescura de lenguaje que los hacía sobremedios deleitosos. Fijóse especialmente en los titulados Cuentos de Marineda, El Destripador de Antaño, La Mariposa de Pedrería, La Esteril, Vida Nueva, El Miedo, Las Tapias del Campo Santo. Pagado el justo tributo á la forma literaria de esos cuentos, los criticó severamente por su fondo naturalista y en ocasiones poco decoroso y decente, diciendo de ellos que no se les podía aplicar el *pulchre, bene et recte* del poeta, sino que era fuerza exclamar con Dante: me hallo en una selva oscura donde el camino recto está perdido.

Lamentóse de que escribiera con tan poco recato, la autora que por su obra «Vida de San Francisco» tantos plácemes había recibido. Observó que en los cuentos literarios, D.<sup>a</sup> Emilia se olvida de que es mujer, por acordarse exclusivamente de que es escritora que busca los aplausos del público, lo cual la lleva á la adopción de las teorías naturalistas de la escuela francesa, que tanta aceptación tiene entre cierta clase de lectores. Reconoció en las obras de Pardo Bazán el prurito de singularizarse, el propósito de exhibirse como escritora de pensamiento profundo antes que de sentimientos delicados, el anhelo de presentarse, no como mujer que escribe lo que siente, sino como hombre que consigna lo que ha meditado. A ese empeño de distinguirse entre las escritoras, atribuyó la despreocupación moral que campea en muchos de los cuentos de D.<sup>a</sup> Emilia, á la cual censuró con noble entereza, lamentándose de que escritora tan poco segura y tan licenciosa mereciera los aplausos de los católicos, quienes deberían abstenerse de leer los escritos de la famosa literata. Confirmó la severidad de juicio con que trataba á D.<sup>a</sup> Emilia, con la lectura de algunos trozos de cuento, verdaderamente pornográficos, y con la autoridad del crítico Balart, de quien citó algunos pasajes bellísimos.

Concedida la palabra al Sr. Burgada Juliá, felicitó éste al Sr. Tornero por su discurso, manifestando empero que no se hallaba conforme con algunas de sus apreciaciones relativas á la moralidad de los cuentos de D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán. Consideró el Sr. Burgada á esta Escritora, como artista de la palabra y no como moralizadora de los pueblos, y en esta distinción halló recursos ingeniosos para disculpar algunas deficiencias morales de la célebre escritora. Insistió el señor Burgada en la belleza literaria que avalora las obras de D.<sup>a</sup> Emilia, y que de tal manera nos encanta y subyuga que nos hace separar la vista de las escenas que pudieran sublevar las pasiones bastardas. Pretendió confirmar su aserto citando algunos pasajes bíblicos; pero el Presidente le cortó el hilo del discurso, por creer que el asunto era demasiado delicado para ser tratado en una improvisación académica. Esta diferencia de criterio ocasionó un vivo incidente entre el Presidente y el Sr. Burgada, que terminó por renunciar éste al uso de la palabra.

Hizo el Presidente un resumen de la discusión, fijando las condiciones que debe tener el cuento para constituir un género literario, y se levantó la sesión á las doce y cuarto.

Barcelona 8 de Mayo de 1893.

El Vicesecretario,  
SANTIAGO COMAS.

### Sesión ordinaria del día 14 de Mayo.

Empezó con las preces de costumbre y bajo la Presidencia del Doctor D. Narciso Pla y Deniel, quien, leída por el infrascrito el acta de la sesión anterior y aprobada, advirtió á los Señores Académicos que, no habiendo discusión pendiente, y siendo la actual la última sesión de este curso, la llenaría el Académico D. Juan Burgada Juliá, dando una conferencia sobre la crítica literaria. Concedió la palabra al conferenciante.

El Sr. Burgada Juliá dió principio á su conferencia, demostrando la necesidad de la crítica para el progreso del Arte. Enumeró las cualidades que debe reunir el crítico, su capacidad é imparcialidad; añadiendo que si bien debía obedecer á determinados principios, empero debía colocarse siempre, al juzgar particularmente una obra, en el terreno en que se hallara el autor.

Declaró que el crítico debe tener siempre muy en cuenta la diferencia que media entre escuelas y géneros, y señaló la importancia relativa del procedimiento y el fondo de las obras.

Hizo la historia de las evoluciones de la crítica con relación al desarrollo del Arte; y aunque no quiso desconocer la importancia de la raza y del medio físico y moral, combatió, sin embargo, las exageraciones de críticos tan famosos como Sainte-Beuve, Taine y Zola.

Reconoció la benéfica influencia del Arte en todos los tiempos, añadiendo que si bien la antigüedad nos había legado obras maestras, el Cristianismo, abriendo las fuentes del espíritu, había desarrollado á los ojos del artista más vastos horizontes.

Terminó haciendo votos para que llegue el día feliz en que los modernos procedimientos, con su perfeccionismo técnico, sirvan en un todo á la propagación del ideal cristiano.

El Sr. Burgada fué escuchado con atención suma por los Sres. Académicos que en más de una ocasión admiraron la erudición y profundidad de pensamiento del conferenciante, al cual aplaudieron estrepitosamente al finalizar la Conferencia.

El Sr. Presidente, después de recordar en breves períodos los trabajos realizados por la ACADEMIA CALASANCIA en el presente curso, y de poner de manifiesto los progresos y rápido desenvolvimiento de la Academia, excitó á los Académicos á seguir por el camino que gloriosamente van recorriendo, y se despidió de ellos hasta el curso siguiente.

Se levantó la sesión á las doce menos cuarto.

*Barcelona 15 de Mayo de 1893.*

El Vicesecretario,  
SANTIAGO COMAS.

---

## REVISTA DE LA QUINCENA

---

Celebróse el domingo primero del presente mes, siguiendo tradicional costumbre, la popular festival de los Juegos Florales, que esta vez estuvo presidida por un eminente Prelado de la Iglesia Católica, el sabio y virtuoso Sr. Obispo de Vich, á quien

acompañaron en la Presidencia todas las autoridades superiores de la Capital y del Principado. Un incidente, de suyo insignificante, ocurrido á la postre de la función literaria, ha dado ocasión á la prensa liberal para zaherir, con visible apasionamiento, al Sr. Obispo-Presidente, presentándole como autonomista de Cataluña y enemigo declarado de la unidad nacional completada por los Reyes Católicos. Mayormente la prensa liberal de Madrid ha extremado sus ataques al Sr. Obispo de Vich, y hasta el señor Vallés y Ribot se ha hecho eco en el Congreso, durante la escandalosa Sesión permanente, de las habillitas calumniosas de los Periódicos liberales. Tanto éstos como los Diputados republicanos, han supuesto y afirmado, faltando descaradamente á la verdad, que el Capitan General Sr. Martinez Campos, hubo de retirarse de los Juegos Florales en son de protesta, en vista de las declaraciones separatistas hechas por el sabio Prelado en su Discurso. Barcelona entera sabe que esto es completamente falso, y si tienen disculpa los Diarios de Madrid al circular esa especie falsa, no la tienen los de esta Capital, á quienes á ciencia cierta consta que ninguna nota exagerada dió el Sr. Obispo Morgades que pudiera motivar la actitud tomada por el General Martinez Campos al final de los Juegos Florales.

Oímos entonces, y después hemos leído, el Discurso del Prelado de Vich, y ningún concepto hallamos en él, que pueda ser rechazado por el más ardiente partidario de la unidad nacional española: el pensamiento que en todo él palpita, y que se halla además expresamente consignado, y no una, sino varias veces, es, que los catalanes deben procurar la grandeza y la gloria de Cataluña, para así contribuir á la grandeza y gloria de la patria común, y les exhorta á hacer en aras de la patria española los más heroicos sacrificios. Fué aquel discurso aplaudidísimo, y nada tuvo que observar Martinez Campos, ni nadie vió en él indicio alguno de disgusto. Pero no sucedió lo propio con el discurso de D. Alfredo Brañas, Catedrático de la Universidad de Galicia. Algunos conceptos exageradamente regionalistas vertidos por el Sr. Brañas, disgustaron al General, que se retiró malhumorado del local indicando antes á la Presidencia que desaprobaba lo que acababa de leerse. No fué, pues, el discurso del Sr. Obispo de Vich, sino el de D. Alfredo Brañas, el que motivó la retirada de la primera Autoridad militar del Principado. Esto consta á todos los barceloneses; consta especialmente á los periodistas, que asistieron al acto; ¿á qué, pues, presentar el discurso del Excmo. Sr. Morgades, como causante de un incidente al cual no contribuyó ni en poco, ni en mucho? El señor Obispo de Vich estuvo correctísimo en el fondo y en la forma de su Discurso; y falta á la verdad quien le atribuya exageraciones regionalistas que en manera alguna ha manifestado.

Un grande escándalo han dado al mundo civilizado nuestros Legisladores con la famosa Sesión permanente. Los enemigos del sistema parlamentario, y éstos son muchísimos, están de enhorabuena. Empeñose el Gobierno en suspender las elecciones municipales, que debían verificarse el día 14, y al efecto presentó á las Cortes el día 10 un proyecto de Ley, que debía ser aprobado antes del día 16. Los republicanos, creyendo que si las elecciones se verificaban el 14, habían de serles favorables, sobre todo en las grandes poblaciones, se propusieron apelar al más cerrado obstruccionismo, á fin de que el proyecto del Gobierno no pudiera ser aprobado en tiempo oportuno. Declaróse el Congreso en Sesión permanente: republicanos y carlistas retaron á la mayoría á una lucha fenomenal, lucha de palabra, lucha de sueño, lucha de hambre, lucha de paciencia, y sobre todo, lucha de cinismo. Y esa lucha se ha sostenido durante tres días y dos noches, pero sin plan, sin orden, sin mutuas consideraciones, hablándose de todo, menos de lo que interesaba á la Nación: se ha hablado de la legitimidad de las instituciones, de la República, del Concordato, de los Juegos Florales y de la pesca del bacalao. Por fin, el Gobierno se ha salido con la suya y las elecciones municipales han sido aplazadas, y los Diputados republicanos y carlistas han quedado burlados en su empeño, y el sistema parlamentario ha recibido un nuevo golpe, que sentimos no haya sido mortalmente decisivo.

\* \* \*

El nuevo Nuncio Apostólico, que debe sustituir al Eminentísimo Sr. Cardenal Di Pietro, Excmo Sr. Arzobispo Serafin Cretoni, partió de Roma para Génova el jueves día 11 á las ocho de la mañana. En Génova hizo alto hasta el lunes, con objeto de pasar unos días en compañía de su hermano, Religioso de la Orden de los Agustinos. Al salir de Roma fué Mgr. Cretoni cariñosamente saludado y despedido por el excelentísimo Sr. Merry del Val, Embajador de España cerca de la Santa Sede, por Mgr. Bavona, auditor de la Nunciatura de España, por Mgr. Aquilante, secretario de la misma Nunciatura, por el Rdo. Rector y capellanes de la iglesia española de Nuestra Sra. de Montserrat, por el Director del nuevo Colegio eclesiástico español de Roma, por el M. R. P. Calasanz Homs, procurador general de las Escuelas Pías de España, por el M. R. P. Enrique Pérez, procurador general de los Agustinos españoles de S. Ildefonso, por Mgr. Benavides, y por muchísimos otros eclesiásticos y seculares, españoles y romanos.

El Auditor y el Secretario de la Nunciatura de Madrid, señores Bavona y Aquilante, salieron de Roma el mismo día por la tarde, y fueron á reunirse en Génova con Mgr. Cretoni, para

desde allí hacer juntos el viaje hasta España, siguiendo el itinerario de Marsella, Burdeos, Hendaya y llegando á Madrid del 20 al 21 del presente Mayo.

LA ACADEMIA CALASANCIA se pone incondicionalmente á las órdenes del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, y pedirá al cielo que le dé acierto en la solución de los complicados problemas que indudablemente planteará ante la Nunciatura el Gobierno liberal que se halla al frente de la Nación española. Grande es la prudencia y esquisito el tacto diplomático del Excmo. Sr. Cretoni; y mucho tememos que tendrá necesidad de poner en juego sus excepcionales dotes de gobierno, si continúa desempeñando la cartera de Gracia y Justicia D. Eugenio Montero Rios, que ha sido la pesadilla de todos los Nuncios Apostólicos que ha habido en Madrid, siendo él ministro. Quizá, en previsión de las descabelladas pretensiones que puede abrigar D. Eugenio se haya determinado S. S. León XIII, que tanto conoce á los personajes políticos de nuestra época, y tanto empeño pone en mantener amistosas relaciones con todos los Gobiernos, á enviar á España por su Representante, á un personaje tan conspicuo como Mgr. Serafin Cretoni, que si hoy no pertenece ya al Colegio de Cardenales, es precisamente porque S. S. ha creído que en la Nunciatura de Madrid podía prestar señalados servicios á la Iglesia. Por esto, si de un lado tememos los católicos españoles, que el Gobierno liberal del Sr. Sagasta atente á alguno de los derechos ó libertades de la Iglesia Católica, debemos poner toda nuestra confianza en la prudencia y sabiduría del Nuevo Nuncio, quien sabrá defender la causa católica, sin aflojar en lo más mínimo las estrechas relaciones que unen á la Iglesia y el Estado.

\* \* \*

El Imperio de Alemania está atravesando una crisis que tememos sea funesta para la paz europea. El Emperador se había empeñado en que fuera aprobado por el Reichstag el proyecto de ley militar, que aumentaba el contingente armado del Imperio. El Canciller Caprivi hizo esfuerzos extraordinarios para sacar triunfante el citado proyecto. Su aprobación dependía de la actitud del Centro Católico; pero la mayoría de los Diputados del Centro se manifestaron desde un principio hostiles á la ley militar, contra la cual protestaban los pueblos, particularmente los de la Alemania del Sur. Viendo el Conde de Ballestrem que no podía inducir á los Diputados católicos á que votaran el proyecto de ley militar, dimitió la presidencia del Centro, y entonces el Baron de Huene, queriendo conciliar las exigencias del Gobierno con las de los Diputados católicos, presentó una enmienda que fué aceptada por el Canciller Caprivi. Puesta á votación la enmienda Huene, fué desechada por la mayoría del

Reichstag, y de los 106 Diputados del Centro solo 11 votaron con su jefe Huene. Conocido el resultado de la votación, el Canciller Caprivi leyó el decreto de disolución del Reichstag, no sin haber antes advertido que el Gobierno iría á las nuevas elecciones llevando por programa la enmienda Huene.

La disolución del Reichstag, aunque prevista de antemano, por la oposición abierta que los Diputados católicos y socialistas hacían al proyecto de ley militar, ha causado en Alemania y fuera de ella una sensación profundísima. Todo el mundo ha comprendido que no se trataba de un asunto de política interior de los partidos, sino que se ha entablado lucha abierta entre las corrientes democráticas, que prevalecen en el Imperio, y las pretensiones autoritarias representadas por el Emperador, el ejército y los Diputados pertenecientes á la antigua nobleza. La democracia alemana es católica ó socialista, y aborrece el militarismo que impone al pueblo cargas insostenibles. Por esto, al regresar á sus respectivos distritos los Diputados católicos y socialistas, han sido objeto de entusiastas ovaciones, por haber desechado la ley militar, y todo el mundo abriga el firme convencimiento de que las elecciones, lejos de ser favorables al Gobierno, darán un contingente mayor de Diputados contrarios al aumento del ejército. ¿Qué hará entonces el Gobierno? Si el nuevo Reichstag desecha el proyecto de ley militar, como todos preven, ¿será también disuelto? Apelará el Emperador á un golpe de Estado? Esta es la opinión que va prevaleciendo.

Las declaraciones hechas por el Emperador, han dado margen á que se hable del golpe de Estado. «Si los Diputados rechazan la ley militar, ha dicho Guillermo II, yo sabré imponerla.» Y según afirma el *Nordd. Allg. Zeitung*, asistiendo Guillermo II á la revista de la tropa, el día 9, dijo á los generales: «Yo contaba con los sentimientos patrióticos del Reichstag para la aceptación sin condiciones del proyecto de ley militar. Desgraciadamente me he equivocado y debido proceder á la disolución de la Cámara. Espero que el nuevo Reichstag votará el proyecto. Sin embargo, si esta esperanza me saliera fallida, tengo la firme voluntad de hacer todo lo posible para conseguir mi objeto, pues que estoy suficientemente convencido de la necesidad del proyecto militar para el mantenimiento de la paz. Sé además que estoy de acuerdo con los Soberanos confederados, con el pueblo y con el ejército.»

No dudamos de que el ejército alemán, entendiéndolo por él las clases militares, compuestas en su mayor parte de la antigua nobleza, secundan la idea de Guillermo II. Pero no vemos que con ella simpaticen ni el pueblo, ni los Soberanos confederados. Respecto del pueblo, bien á las claras manifiesta en todas partes que se dispone á reelegir á los Diputados católicos y socialistas que votaron contra el proyecto, y todo indica que en el nuevo

Reichstag será mayor que en el disuelto el número de adversarios del proyecto militar. Y por lo que á los Soberanos confederados respecta, se ha observado que mientras los Diarios oficiales y oficiosos del Imperio hacían una formidable campaña en favor de los proyectos militares, los Soberanos de la Alemania del Sur permanecían absolutamente impasibles: los súbditos de estos Soberanos han protestado con violencia contra los proyectos presentados por el Canciller Caprivi, mientras ellos han guardado una neutralidad completa. La repugnancia de los pueblos del Sur, que amenazaron con retirar sus poderes y su confianza á los Diputados del Centro, si votaban la ley militar, existía también, aunque más disimulada, en las altas esferas gubernamentales; y asegurábase por lo bajo, que tal Soberano, tal Príncipe, estaba cansado de ver á su pueblo oprimido por impuestos militares siempre crecientes.

Ese antagonismo entre el militarismo de la Alemania del Norte y la democracia de la Alemania del Sur, ha amenazado dividir en dos fracciones al Centro, la *fortaleza inexpugnable*, edificada por el inolvidable Windthorst. El popular Diputado católico Mr. Fusangel, se atrevió á consignar ese dualismo existente en el mismo Centro, y aunque la Junta Directiva de éste le dió un mentis solemne, los hechos han venido á dar la razón á Fusangel, pues doce de los Diputados católicos del Centro votaron con el Gobierno y los restantes en contra del mismo. Observamos, sin embargo, que á pesar de que los centralistas adictos á la política de Caprivi, eran casi en su totalidad los Diputados más conspicuos del antiguo Centro católico, éste se ha mantenido unido y fiel á su programa, pues sólo doce de los 106 Diputados cedieron á las instancias y manejos de sus jefes y del Canciller del Imperio. La *fortaleza* ha permanecido *inexpugnable*. El genio de Windthorst ha triunfado de las tendencias ministeriales que amenazaban cuartear y demoler la fortaleza.

Como se ve, la crisis política que ha ocasionado la disolución del Reichstag alemán, es profunda y puede tener gravísimas consecuencias: es el resultado de 23 años de historia alemana. Tal vez sea el punto de partida de una nueva época para el Imperio de los Hohenzollern. Probablemente dará al traste con la Constitución alemana, confeccionada por Mr. Bismark. Esa Constitución no es la eflorescencia del alma nacional. Obra del momento, no puede ser base sólida para el Imperio poderosísimo fundado por Guillermo I. Ni establece el sistema parlamentario con todas sus prerrogativas, ni reconoce con franqueza las atribuciones del poder absoluto. En ella se halla el germen de los conflictos entre el Soberano y el pueblo; conflictos que pueden ser trascendentalísimos el día que uno ú otro quiera afirmar sus derechos. ¿Será cierto que el Gobierno imperial pretende revisar la Constitución, é imponer la restricción del sufragio universal,

por medio de un audaz golpe de Estado? Y en este caso, la democracia y el socialismo ¿bajarán la cabeza ante la voluntad del Soberano? O tal vez, si esa crisis interior amenaza con complicaciones graves y de difícil solución, ¿se apelará á la guerra para buscar en ella el remedio á los males interiores?

Dada la situación de los ánimos, imposible es que el Gobierno alemán espere de las elecciones próximas una Cámara más adicta á sus proyectos. Y con todo, el Emperador asegura que no desistirá de ellos. Preciso es que tenga preparada una solución fuera del Reichstag. ¿Cuál será esta? Tal es el misterio que pesará por algún tiempo sobre la Europa, como losa de plomo. Los partidos se presentarán á las elecciones mal trechos y sin programa que corresponda á los movimientos de la opinión, exceptuando sólo al Centro y al Socialismo. Y aún el Centro ha recibido una ligera orientación producida por las corrientes de la vida nacional alemana. Pero como se ha acomodado á esa exigencia de la opinión, y los socialistas aumentan de día en día sus prosélitos, claro está que en el nuevo Reichstag será decisiva la influencia de los católicos y socialistas, que son enemigos de los impuestos requeridos por las leyes militares. La derecha parlamentaria está dividida por la cuestión antisemita; los conservadores liberales viven sólo de los favores del Poder; los nacionales liberales van desapareciendo, y nada significan en el presente momento histórico; los progresistas se suicidan con sus veleidades; todos los partidos, menos el católico y el socialista, se hallan en descomposición. De aquí la imposibilidad de que el Gobierno saque de las urnas una mayoría dócil que vote las leyes militares. Esto lo sabe Caprivi, lo sabe Guillermo II; ¿qué plan tienen preparado para imponer esas leyes que, según el Canciller, son necesarias para el honor, la seguridad y la grandeza de la patria alemana? Será un golpe de Estado? Será la provocación de una guerra con el extranjero? Quién sabe!

Si Caprivi y Guillermo II no fueran políticos de verdadera talla, creeríamos, con muchos Periódicos que de este asunto tratan, en la realización de un golpe de Estado, en el caso de que la nueva Cámara no sancione los proyectos militares. Pero entendemos que el Emperador y su Canciller han tomado bien el pulso á la opinión pública, y que sienten y consideran con atención las palpitaciones de la vida nacional. Un golpe de Estado sería perfectamente inútil, si no imponía una dictadura militar avasalladora. La política desaparece de Alemania; la cuestión social, los intereses económicos, absorben toda la vida nacional. Mas que en ninguna otra nación, el socialismo y la democracia llaman en Alemania á las puertas del poder, y el socialismo y la democracia son incompatibles con el militarismo prusiano. Alemania, en sus capas profundas, sufre y murmura, se queja abiertamente de las cargas que sobrelleva, y se dispone á con-

quístarse un porvenir más lisonjero. Cuando el pueblo murmura, los partidos extremos triunfan; cuando un pueblo sufre, se lanza en brazos de quien más le ofrece. Por esto las nuevas elecciones dirán á Guillermo y á Capriví, que es preciso dar una nueva orientación á la política alemana, ó dislocar la actual situación lanzando al pueblo alemán á los campos de batalla.

\* \* \*

La idea de las ocho horas de jornal se va abriendo paso. La Cámara de los Comunes de Inglaterra ha aprobado en segunda lectura, por una mayoría de 78 votos, el proyecto de ley Woods, que fija en ocho horas diarias la duración del trabajo de los mineros. El año anterior esa misma moción fué desechada en primera lectura por 372 votos contra 160. Es un nuevo acto legislativo de protección á los obreros. Es la consagración del principio del socialismo del Estado. El Parlamento inglés no ha tenido miedo ni á la cosa, ni á la palabra. La economía política tradicional ha sucumbido para siempre y es inútil el empeño de restaurarla. La Encíclica *Rerum Novarum* le ha servido de mortaja.

Pocas semanas atrás el Congreso socialista reunido en Suiza establecía de acuerdo con la citada Encíclica, la necesidad de promover una legislación internacional para regular las condiciones del trabajo. La idea va prosperando. Sin esa legislación, no podrá el socialismo llegar por la evolución al triunfo de sus justas reclamaciones. Si un fabricante otorga la jornada de ocho horas, y los demás fabricantes de la misma clase hacen trabajar 10 horas al día, imposible será á aquél sostener la competencia, y forzosamente será arruinado. Tanto en lo relativo á las horas de trabajo diario, como en lo relativo á la tasación de los salarios, es preciso que las Naciones legislen de común acuerdo, si quieren que los socialistas desistan definitivamente, de pedir á la Revolución lo que más cómodamente pueden obtener por la evolución. La nación que primera disminuyera las horas de jornal ó aumentara el salario, vería muy pronto paralizadas sus industrias. Pero una legislación internacional bien entendida, puede mejorar las condiciones de los obreros, sin perjudicar los intereses y los derechos de los patronos, facilitando la evolución socialista, y quitando al socialismo contemporáneo el carácter de violencia que tan temible lo presenta.

UN ACADÉMICO.

---

## GUILLERMO II Y EL VATICANO

Días hace que se ha restituido á su Corte de Berlín el Emperador de Alemania, después de haber asistido en Roma á las Bodas de Plata de los Reyes de Italia. Y con todo, su viaje á Roma continúa siendo materia de discusión entre Periódicos católicos y liberales, los cuales dan más importancia á la visita que Guillermo II hizo á León XIII, á medida que trascurren los días desde aquel famoso acontecimiento, pues tal nombre merece la ida y permanencia del Emperador de Alemania en el Vaticano, el día 23 de Abril por la tarde. Periódicos liberales muy importantes de Italia y de Alemania han llegado á discutir, si el objetivo primario de Guillermo II, al ir á Roma, fué la celebración de las Bodas de Plata de Humberto y Margarita, ó bien la entrevista que debía tener con el augusto Jefe del Catolicismo. Como quiera, unánime es hoy la opinión de la prensa periódica, de que el hecho culminante de cuantos llamaron la atención durante la permanencia de S. M. Imperial en Roma, el que más pábulo dió á las conversaciones y proyectos de los políticos, el que más conmoción causó en la opinión pública y fué objeto en la prensa de más vivos y extensos comentarios, fué la solemnidad estudiada con que Guillermo II se trasladó al Vaticano y la brillante y cariñosa recepción que le dispensó León XIII y la larga duración de la conversación privada habida entre el anciano Pontífice y el joven Emperador.

Las Bodas de Oro de León XIII habían conmovido al mundo entero: las solemnidades celebradas en el Vaticano habían revestido un esplendor inaudito: todos los Estados de Europa y de América, sin excluir á la protestante Inglaterra, ni á la cismática Rusia, ni á la mahometana Turquía, habían enviado delegados especiales al Vaticano para felicitar al grande Pontífice; millares de católicos de todos los Continentes, de todas las Islas, de todas las zonas, acudían á Roma para prosternarse á los pies del Augusto Vicario de Cristo: regalos preciosísimos y valiosas ofrendas de los Reyes, de los Presidentes de República, de las Diócesis, de los Institutos religiosos, de las Asociaciones católicas, atestiguaban el amor, la veneración, la piedad filial que los creyentes, y hasta no pocos paganos, sentían hacia el inclito Prisionero del Vaticano: todo el mundo saludaba en El al primer Personaje de la historia contemporánea, á la Majestad más venerable de la tierra, á la esperanza más sólida y la garantía más firme de un porvenir lisonjero, á pesar de los sombríos celajes que encapotan el horizonte de la cultura moderna. La Italia oficial fué la única que no se agregó á esa manifestación universal de respetuosa consideración y de confianza cariñosa

hacia León XIII, y ciega por el despecho de ver tan sublimado á su anciano Prisionero, aconsejada por el furor que le inspiraba la gloria, la fuerza y el seguro porvenir de la Santa Sede, convulsa de ira ante la gloriosa apoteosis tributada al Pontificado por la humanidad entera, sabiendo que el triunfo del Vaticano era la derrota de su propia política, y que el himno de alabanza cantado en todos los idiomas en honor de León XIII era una protesta universal contra la ocupación de Roma por las fuerzas liberales y revolucionarias, y no atreviéndose á incomunicar al Vaticano con el resto del mundo y á expulsar violentamente de Roma á los que glorificaban al Papa más grande de los tiempos modernos, por temor á las reclamaciones y á las reivindicaciones de todos los Estados; quiso ¡infeliz! determinó ¡pobrecilla! eclipsar la gloria de León XIII, glorificando á los Reyes que le tienen cautivo, y á la magnificencia de las Bodas de Oro de León XIII intentó oponer la magnificencia de las Bodas de Plata de Humberto y Margarita. Pero las Bodas de León XIII fueron realmente de Oro; las de los Monarcas italianos sólo podían ser de Plata y resultaron de cobre. Es el fracaso mayor que ha experimentado la política italiana desde la ocupación de Roma. Así lo reconocen los mismos Periódicos liberales que fulminan agrias censuras contra el Gobierno.

Creyó la Italia que atraería hacia Roma á varios Soberanos y á compactas muchedumbres que irían á felicitar á los huéspedes del Quirinal. Anunció festejos pomposos y ricos y de inusitado atuendo: recepciones magníficas, torneos á la antigua, brillantes paradas militares, espléndidas iluminaciones. Sus diplomáticos recibieron orden de invitar á los Príncipes y personajes más conspicuos. Las empresas ferroviarias ofrecieron trasladar á Roma desde todos los puntos de Italia, poco menos que gratis, á cuantos quisieran presenciar los festejos. ¿Y qué sucedió? Que los italianos se quedaron en sus casas, y los extranjeros que habían acudido para honrar á León XIII, se hicieron indiferentes á las manifestaciones promovidas por el Gobierno; que los Jefes de los pueblos se negaron á ir á Roma, y hasta la Reina de Inglaterra, que se hallaba á la sazón en Florencia, se volvió á su país, *por no contristar al anciano León XIII*; y que únicamente Guillermo II de Alemania prometió ir con su Esposa la Emperatriz á felicitar en el Quirinal á los Reyes de Italia.

La visita de los Emperadores de Alemania fué anunciada al mundo entero como un triunfo de la política del Quirinal sobre la política del Vaticano. El lirismo de la prensa liberal de Italia, de Alemania, de Austria y de Inglaterra desbordaba en raudales de entusiasmo. Pero llega el día 23 de Abril: los Emperadores de Alemania se trasladan al palacio de su representante cerca de la Santa Sede, donde en virtud de la exterritorialidad se hallaba en suelo alemán; allí tenía dispuestos los coches de gala de la

Corte prusiana traídos expresamente de Berlín; y acompañado de su Esposa, de los altos dignatarios de la Corte, con un fausto no desplegado hasta entonces, se traslada al palacio de los Papas, como si hubiera venido expresamente de Berlín para ver á León XIII. La emperatriz, saludado el Pontífice Augusto, va á recorrer los museos, galerías y bibliotecas, y quedan solos Guillermo II y León XIII durante 57 minutos. Al día siguiente el Ministro de Estado de Prusia es recibido por el Papa, y permanece durante dos horas conferenciando con S. S. Magníficos regalos hechos por los Emperadores á los personajes de la Corte pontificia, ó enviados después desde Berlín, atestiguaron la complacencia de SS. MM. Las distinciones prodigadas por Guillermo al Cardenal Ledochowski en el palacio de Mr. Bülow, indicaron á todos que la política imperial era opuesta al Kulturkampf, de que el Cardenal había sido la víctima más inicua y atropellada. Guillermo II quiso besar la mano de León XIII al despedirse de éste, y no omitió medio alguno de demostrar que se hallaba ante el Soberano más venerable de este mundo. Y resultó del conjunto de incidentes que acompañaron á esa visita, que entre los ilustres personajes que han llegado á Roma de todas las partes del mundo, para celebrar las Bodas de Oro de León XIII, figuran en primera línea los Emperadores de Alemania.

Cuando éstos se presentaron en Italia, todos los Periódicos liberales, desde el *Popolo Romano* hasta el *Diritto*, afirmaron que el viaje del Emperador era una protesta contra la política del Vaticano. Hoy han cambiado completamente de lenguaje. Nos limitaremos á citar al principal de ellos, á la *Riforma*, órgano de Mr. Crispi. Declara categóricamente que la Italia «ha descendido en el concepto de su aliado, no bajo el punto de vista dinástico y popular, sino bajo el punto de vista político.» Y añade: «Si el Papa, por el contrario, ha sabido con su conducta inspirar una más grande consideración, no decimos que deba reconocerlo á la potencia aliada, ni decimos que ésta proceda justamente, entendiendo que sirve mejor á sus intereses, aproximándose al Vaticano; pero debemos admitir que ha podido hacerlo así; debemos deplorar que nuestra política no haya sabido prevenir estas cosas; debemos vigilar para que de estos fracasos precedentes no se sigan efectos todavía más funestos.» Con razón ha dicho el *Moniteur* del día 6 de los corrientes: «Muy pronto quedarán olvidadas estas fiestas. Pero quedará en los espíritus la impresión bien vivaz por cierto, del paso de un Emperador protestante, para quien el viaje á Roma parece no haber sido más que un pretexto para encontrarse con el Jefe de la Iglesia Católica.»

## EL POETA ZORRILLA

### IV.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que uno de los mayores bienes aportados por el Cristianismo, fué la dignificación de la mujer, por la que ésta adquirió el conocimiento del papel principalísimo que la Providencia le confiara en medio de los hombres. Esto, que por haberlo reconocido todos los de sano juicio, ha pasado ya á la categoría de lugar común, viene á constituir uno de los puntos capitales en la historia de la humanidad y en el progresivo desenvolvimiento de la civilización cristiana, de suerte que un pensador tan clarividente como el Sr. Mañé y Flaquer pudo demostrar, hace ya algún tiempo, que aquél era el pueblo más civilizado, más genuinamente religioso, que mejor respetaba á la mujer y proclamaba sus excelencias.

Si á esto se añade el manantial de poesía que fertiliza ese vergel amenísimo donde florecen todas las gracias, se comprenderá que á un alma caballeresca y escogida como la de nuestro poeta, no podía menos de subyugarla tan rico venero de inspiración. Por esto Zorrilla, al volver los ojos á aquellos tiempos en que España, á vuelta de guerras sin cuento, llegó, con la unificación del reino y su influencia en el mundo todo, á consolidar su nacionalidad, cuando se promulgaban leyes y se consumaban maravillosas conquistas bajo la égida de la fe religiosa, pudo observar que la mujer era considerada como el término de todas las fatigas y la risueña esperanza de un mundo que empezaba á asomarse á los tiempos modernos. Y contemplando á lo lejos, en lontananza, esa hermosa silueta que como iris de paz coloreaba el horizonte social, formó Zorrilla de la mujer, no el concepto pesimista que de ella tenían algunos de sus coetáneos—Espronceda y Larra entre ellos,—no la idea equivocadísima bajo que la consideran los excépticos de las últimas generaciones, sino la imagen más pura, más perfecta que en lo humano cabe.

Esta persuasión íntima del poeta, que á veces raya en sentimentalismo, le domina de tal manera, que la mujer mala para él no existe, no la concibe, y al dar con algunos que hartos de mujeres las maldicen, nuestro poeta, con candor sublime, las declara ángeles,

«porque ellas son, por más que digan otros,  
muchísimo mejores que nosotros»;

y luego, airado, exclama:

«Se ha hecho moda hablar de ellas con desprecio:  
yo de hablar de ellas bien tengo manía»;

al que habla de ellas mal tengo por necio,  
falso de corazón y cortesía.  
No objeto para mí de menosprecio  
son, sino manantial de poesía:  
no obró conmigo mal jamás ninguna  
y debo más de un bien á más de una.»

En esta y otras dos magníficas octavas reales—que merecian ser mucho más conocidas de lo que son—expresa Zorrilla su parecer en el importante punto que nos ocupa, y á él se atiende en todas sus producciones. En sus leyendas se verá siempre á la mujer desempeñar el papel más simpático: ó es inocente ó es víctima, nunca pérfida ó culpable.

Pero donde mejor puede apreciarse este hecho, es en la obra más universal y caracteristica de Zorrilla, en *Don Juan Tenorio*. Así como el protagonista es el más descastado de los hombres, Doña Inés es el símbolo de todas las perfecciones. Don Juan corre al abismo cual desenfrenado corcel, y Doña Inés le salva con su candor y sus oraciones. En su extravío, llega Don Juan á profanar el claustro con impia planta y á arrebatarse al Señor una de sus elegidas (novicia aún); pero dejad que ande desatentado tras toda suerte de locuras, porque aquella mujer angelical será su salvación. Desde el primer momento siente el libertino que se transforma su sér: no le inspira la virgen la pasión voluptuosa que á tantas mujeres ha perdido, sino que despierta en su corazón puros y desinteresados afectos que ahogaba el piélago del vicio. Por esto no la mancilla; por esto, después de aquellas décimas que el público se sabe de memoria, y ante la inquietud de la exclaustrada, que se siente seducida por un amor que considera satánico, prorrumpe el doncel en una exclamación ingenua, que aunque la generalidad no quiera apreciarla como merece, es en mi sentir lo mejor de la obra, no sólo por ser un alarde de dición magistral, sino porque explica todo el pensamiento del autor.

Dice acongojada Doña Inés:

«Tal vez Satán puso en vos  
su vista fascinadora,  
su palabra seductora  
y el amor que negó á Dios;»

y contesta D. Juan:

«No es, doña Inés, Satanás  
quien puso este amor en mí:  
es Dios que quiere por tí  
ganarme para él quizás.

Desecha, pues, tu inquietud,  
bellísima doña Inés,  
porque me siento á tus pies  
capaz aún de la virtud.»

Y efectivamente, la fiera háse convertido en manso corderillo, dispuesto á volver al redil y á entregarse en brazos de la penitencia; y el triunfo de D.<sup>a</sup> Inés hubiera sido completo, á no haberse personado el Comendador, dispuesto á pegar fuego á la ciudad antes que consentir en el enlace de su hija con D. Juan, y á no haber acabado con la poquisima paciencia de éste el rencor de D. Luis Mejía. El libertino procura disuadirles de su tenaz empeño y expone sus buenos propósitos; mas nadie cree en su virtud. Entonces D. Juan, fuera de sí, se revuelve contra el Cielo, tiende sin vida á sus enemigos, y huyendo de la justicia, abandona á su ángel tutelar, para volver á las andadas.

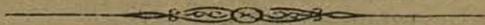
La providencial influencia de D.<sup>a</sup> Inés no acaba ni con su muerte. La casta azucena, combatida por el vendabal de tantas emociones, se troncha y muere, es verdad; pero al llegar al Edén ofrece á Dios su alma pura por la salvación de D. Juan. Dios accederá á su ruego, si el libertino no se hace sordo á la gracia; de no, D.<sup>a</sup> Inés deberá seguir ultratumba la suerte de aquél. Empero, no se verificará esto; que no es posible que el vicio arrastre en pos de sí á la santidad, antes por intervención de ésta se salvará el pecador; y así sucede. D. Juan, llegada su última hora, reconoce á Dios en sus prodigios. El triunfo de D.<sup>a</sup> Inés es ya completo é indisputable.

Mas ahora observo que para poner de manifiesto el carácter de D.<sup>a</sup> Inés, y demostrar su importancia en la obra capital de Zorrilla, y con ello la consideración que á este autor merece la mujer, he tenido que ocuparme en casi todo el drama; y no es sólo esto, sino que, sin advertirlo, he dado ya con la clave para descifrar el enigma que *D. Juan* representa, con la idea generadora del drama. Aquí se halla sin duda la explicación, de lo que dijo Zorrilla en cierta velada acerca de su D. Juan, ó sea, que hay en él

«un secreto con que gana  
la prez entre los don Juanes:  
el freno de sus desmanes,  
que doña Inés es cristiana.»

Lo cual, á su vez, comprueba lo que vengo afirmando en este artículo: que en la mujer halla Zorrilla copiosa inspiración, no para maldecirla, sino para levantarla un monumento donde figure como dechado de virtudes. Con esto el gran poeta, á la vez que dignifica el Arte, se pone de perfecto acuerdo con la época á que nos retrotrae.

J. BURGADA JULIÁ.



## EL CRUCIFIJO

¿Mas qué poder, qué incógnita influencia,  
 Atraerme á sí consigue cual encanto?  
 Esta es ¡oh Religión! tu augusta esencia.  
 Con lazo misterioso y sacrosanto  
 Ligas el corazón á los objetos  
 Que quisieron los cielos honrar tanto.  
 SOUMET.

¡Oh cruz, lábaro divino de nuestra redención, admirable enseña del cristiano! Fuiste en un tiempo emblema infame; eras en otro tiempo el castigo del malvado y la paga del crimen; todos los corazones sentían hacia tí el más vivo horror y el más marcado desprecio. Junto á tí andaba la degradación y el desamparo.....

Quiso la malicia judaica, hacer caer todo esto sobre el Redentor divino. Los Príncipes de los sacerdotes y los fariseos juraron, para satisfacer el odio que tenían á Cristo, darle muerte de cruz con el fin de postergar y aniquilar su Persona, su fama su doctrina y sus milagros con el más infame suplicio de aquellos tiempos. Mas, ciegos, olvidaban que á su propio rostro escupe, el que escupe al cielo. En vano intenta la sabiduría humana burlar los planes de la Sabiduría increada: nada es el poder humano cuando lucha contra Dios. Quien va contra la corriente, se estrella: quien se opone á Dios, con sus propias manos se destruye. El mismo poder que con un *fiat* de su palabra hizo surgir del caos los mundos, y dió vida á un pedazo de barro; el que convirtió el vino en su propia Sangre y el pan en su Cuerpo sacratisimo; el que con doce pescadores trocó la faz del mundo, el que con su muerte nos ganó la resurrección; al tocar con su Cuerpo la Cruz, al escogerla por instrumento de su pasión, la hizo de infame santísima, de profana sacratisima y de patíbulo de criminales atroces divisa de los escogidos. Desde entonces, ¡oh Cruz santísima! eres el objeto más sagrado y venerado de la tierra. Estás guardada entre oro y piedras preciosas en lo más sagrado de los más magníficos templos. Por verte vienen de lejanas tierras ancianos y jóvenes, doncellas y matronas, príncipes y letrados. Y á instancias de los piadosos, eres alguna que otra vez repartida en menudos trozos á algunos pueblos, que se tienen por dichosísimos con tan rica adquisición, y por la cual te conservarán gratitud eterna.

El cristiano imprime la señal de la cruz en su frente, en su boca, sobre su pecho, para ahuyentar de sí toda idea mala, toda palabra no buena y todo deseo desordenado. Acude á ella en auxilio contra las tentaciones, con ella se arma para espantar á los demonios, tómalas como escudo contra el cual se estrellan los

esfuerzos y dardos ponzoñosos del maligno. El niño y el hombre, el vasallo y el rey, el lego y el papa, todos los que se tienen por honrados, se honran y se justifican haciendo todos los días, al levantarse y al acostarse, sobre sus personas la santa señal de la cruz. ¿Y por qué? Para manifestar que consagran á Dios el reposo y la actividad; porque quieren principiar el día bajo los auspicios del Señor, deseando trabajar como soldados de Cristo, y quieren morir en el seno del Señor; para dar á entender que consagran al Supremo Hacedor sus palabras, sus pensamientos y sus deseos, todo lo que en el hombre hay de más noble y admirable: la inteligencia, el lenguaje y el corazón: ¡Cuán distinto es hoy lo que significa la cruz de lo que significaba antes de la muerte de nuestro adorable Salvador. Entonces se miraba la cruz como la negación de la honradez y de la buena fama, como el signo de lo más vil, más degradado...; y hoy todos los cristianos acuden á ella en demanda de santidad, de virtud, y ennoblecen y santifican lo mejor de su ser por medio de la *señal* de la cruz.

Con frecuencia nos olvidamos del divino Sacrificio que nos rescató de la muerte eterna, y por esto se hacen indispensables cuantos signos exteriores nos recuerdan un beneficio tan inmenso, para ayudarnos á recoger nuestro pensamiento, distraído con las pasiones ó afanes de la vida presente, para conmover nuestros sentidos con la vista de objetos espirituales, llamar á lo interior del corazón todas las facultades de nuestra alma, seducidas por desgracia y frecuentemente descarriadas en el laberinto de este mundo. A la vista del augusto símbolo de la cruz, sobre la que espiró por nosotros el Hijo de Dios, se absorben nuestros pensamientos; y excitándonos un profundo sentimiento de humildad, de agradecimiento y amor, hace detestemos nuestra criminal ligereza, y que por lo menos en aquel momento nos ocupemos de la *única cosa necesaria*. Por la misma razón que todos los días nos quejamos los católicos fervientes de la fenesta influencia que las pinturas enemigas del pudor ejercen sobre nuestra imaginación, debemos deducir lo importante y útil que sea en todo tiempo, pero especialmente en el de la tentación, la representación del augusto Sacrificio y detener en él los ojos, que son las ventanas por las que entran en nuestro corazón los buenos ó malos pensamientos. El vulgo no lee; pero ¡con qué prontitud un solo Crucifijo, emblema sagrado del Salvador del mundo, le descubre, así como á los genios más profundos, un sin fin de verdades, un sin fin de esperanzas y todos los deberes! Con mucha razón se dice que el oído y la vista excitados por sonidos armoniosos, ó por la encantadora pintura de objetos espirituales, operan inmediatamente en el corazón, reaniman la fe, la confianza en las divinas misericordias y el amor divino, que se afanan por extinguir á porfia tantas pasiones rivales. Por donde nada hay tan adecuado como el Crucifijo para recordar

los hechos maravillosos y los prodigios de amor y de misericordia que operó Dios en otro tiempo en favor de los hombres. Profundamente conmovida la sensibilidad por su medio, despierta la atención, sacude las distracciones y reconcentra en sí misma al alma, sobradamente embargada por los cuidados é inquietudes de la vida.

Brilla el Crucifijo en nuestros dormitorios para ahuyentar de ellos el príncipe de las tinieblas, y á él postrados le pedimos en la noche perdón de nuestros pecados, y por la mañana amor y virtud para servirle. El desde nuestras cabeceras consagra el amor humano y enséñanos que la vida del cristiano es vida de sacrificio, y el camino que nos conduce al cielo, es cruz y no placeres. Como manantial perenne que fluye virtud, y á guisa de manto que nos cobija y oculta de las asechanzas del demonio, lo llevamos en nuestros pechos; y junto á nuestros corazones lo ponemos, porque deseamos unir nuestro amor al amor de Jesús, hacerle presente nuestra gratitud por su muerte y en memoria del modo que murió.

La cruz figura en nuestras últimas exequias; preside el Cristo nuestras procesiones; siempre está en las manifestaciones del culto público; anima el Crucifijo el estudio del religioso; convierte en miel las amargas lágrimas del desconsolado, y las hace verter al pecador arrepentido; suaviza con sus recuerdos la ira del impaciente, desarma la cólera del vengativo; su vista enfrena las pasiones, infunde aliento á nuestro abatido espíritu. El reina en nuestros corazones por el amor, en nuestras inteligencias por medio de la adoración; impera por su misterio sobre nuestros sentidos y pasiones, en nuestro carácter y costumbres por sus recuerdos. Impera sobre el individuo y la sociedad cristiana, destruye la barbarie y contribuye eficazmente en la marcha de la civilización; pues que con el sin igual ejemplo de caridad y amor que representa, subyuga nuestro egoísmo, y desarrolla, cual ningún otro, el amor á nuestros semejantes.

Acabó, pues, con el poeta citado, diciendo:

Así á tu dulce imperio están sujetos,  
Modesta cruz, sentidos y pasiones,  
Que les dices en dulcísimos conceptos:  
«Por vosotros un Dios entre baldones  
»Quiso morir clavado en un madero:  
»Echaréis en olvido sus lecciones?»  
Más de una vez tu aspecto lastimero  
Volvió la paz al pecho arrepentido;  
Del llanto amargo suspendió el reguero,  
Excitó en la conciencia el fiel latido,  
Y en quien gemía un infortunio fiero,  
De la esperanza el bálsamo ha vertido.

*Aquiles.*

## El libre albedrío y la física experimental.

Ante un escogido público, Mr. Raúl Pictet, el físico ginebrino tan conocido por sus experimentos sobre la licuefacción de los gases y la solidificación de los líquidos, dió el domingo 12 de marzo, en casa de Mme. Adam, una sugestiva é interesantísima conferencia, acerca de las relaciones entre el mundo físico y el mundo moral, ó, por mejor decir, acerca de la voluntad del hombre desde el punto de vista de la física experimental. Naturalmente, esos temas despiertan la desconfianza de los espíritus reflexivos, pues suele suceder que los hombres científicos pierden, al convertirse en filósofos, y que los filósofos nada ganan, al transformarse en hombres científicos. No ocurrió tal cosa á Mr. Pictet: no se apartó de las ciencias físicas, de las ciencias físicas trató únicamente, y, como lo dijo él, no salió ni un momento del laboratorio.

Tomó su punto de partida de la teoría materialista del Universo, de la cual fué un ferviente adepto en los principios de su carrera; teoría resumida en la doble proposición de que la cantidad de materia y de movimiento es constante en el mundo, y de que todo se reduce á movimiento transformado de conformidad con las leyes de la mecánica. Mr. Pictet nos contó como acabó por encontrar insuficiente, desde el punto de vista experimental de la simple Física, esta explicación de las cosas. Su conferencia podría muy bien titularse *la confesión de un sabio*.

El primer punto en que le pareció que naufragaba la teoría puramente materialista que él cultivaba y aplicaba en sus comienzos, fué la noción del *potencial* que ha sido necesario introducir en la física experimental, y que no tiene sentido desde el punto de vista del materialismo mecánico. Para hacernos comprender esa noción, que suelen emplear los físicos, tomó como ejemplo la piedra que remata la gran pirámide de Egipto. Se colocó esta piedra en su lugar, hace tres mil años, gracias al esfuerzo de numerosos trabajadores. Si se le hiciese bajar otra vez á la llanura, el trabajo que podría producir su caída, correspondería exactamente al trabajo que representa su ascensión primitiva. ¿Dónde radica actualmente ese trabajo? ¿En la piedra? ¿En el aire? ¿En qué moléculas descansa? Es una fuerza en reposo. Apliquemos esta noción al trabajo que se efectúa en la naturaleza, y tendremos, además de la idea de materia y de la idea de movimiento actual, la idea de movimiento potencial, la idea propia de fuerza por desarrollar, sin la cual la física experimental no puede ya constituirse. Por consiguiente, la definición primera del materialismo mecánico puro, debe sustituirse con otra y decir: «Lo que es constante en el universo es la

suma de los movimientos actuales y del potencial.» Pero el potencial es inobservable, y, con él, cierta indeterminación entra necesariamente en el curso de las cosas.

El segundo fracaso sufrido por la teoría materialista, es la representación que ha sido necesario conceder á este cuerpo misterioso é inobservable que llamamos *éter*, por medio del cual todos los físicos explican hoy, no solamente la irradiación de la luz, del calor y de la electricidad, sino también la transformación de una de estas fuerzas en otras. Mr. Pictet ha repetido á la vista del público el antiquísimo experimento, que consiste en fijar en el centro de un espejo cóncavo un manantial de calor, un poco de algodón-pólvora en el foco de otro espejo, situado en frente y á una distancia que puede alcanzar hasta 400 metros. Al cabo de treinta segundos, el algodón se enciende; pero, caso curioso, un termómetro en el intervalo no marca ninguna variación de temperatura en el aire. La energía calórica dispondrá, pues, de otro vehículo, precisamente de aquel que nos trae, á través del espacio celeste, el calor y la luz del Sol. ¿Qué será ese *éter*? Nadie ha podido comprobarlo más que por inducción; escapa á nuestros sentidos; es un argumento de nuestro espíritu, al que responde la naturaleza; lo que prueba muy bien la correspondencia y el paralelismo entre las leyes del pensamiento y las leyes de la naturaleza.

Después de estas consideraciones, Mr. Pictet nos hace remontar al origen mismo de la Física, y nos enseña su primer punto de partida en el primer esfuerzo muscular consciente del hombre. Por este esfuerzo el hombre se hace cargo de la resistencia de la materia y de las nociones de espacio y de fuerza. La medida de este esfuerzo le da la unidad de peso y la unidad de longitud ó duración que le sirven para comparar exactamente sus sensaciones. Si la naturaleza verifica ó comprueba la exactitud de sus cálculos, está demostrado que debe haber en la naturaleza á lo menos tanta inteligencia como en el hombre, y, otra vez, la hipótesis materialista se queda con ello muy atrasada.

De la misma manera que ciertos órdenes de fenómenos, nos hacen admitir la noción del *éter* ó la del *potencial*, así hay en la experiencia fenómenos que no explican ni el movimiento mecánico elemental, ni la fuerza potencial, ni el *éter*; son los fenómenos psíquicos, los cuales nos obligan por la misma razón, á la conclusión de que existe esta fuerza, la del espíritu. M. Pictet, hace vibrar en nuestros oídos una serie de diapasones isócronos. Además de la sensación auditiva simple, nos hace notar que recibimos inmediatamente una impresión de armonía y de belleza. Los principios directores de esas sensaciones internas del yo constituyen la estética, que él divide en tres partes: la estética de la idea pura, ó la lógica; la estética de lo bello, ó el arte;

la estética del bien, ó la moral. Pero ¿qué no es posible hacer para la realización cada vez más perfecta de esas estéticas diversas? Aquí es donde el Físico se encuentra con la cuestión del libre albedrío. No quiere considerarlo sino por el lado experimental.

«Construyamos,» dice, «un sér inteligente y sensible, que haremos libre por principio mismo. Este sér inteligente y sensible tendrá gustos; ello significa que buscará la felicidad en cierta dirección esférica. Por otra parte, posee la memoria, es decir, sabe los movimientos que puede ejecutar, los obstáculos que se le opondrán, el fruto que recogerá. Entonces interviene el conflicto de los pensamientos. Y pregunta.—Qué haré? ¿De todos esos movimientos posibles para mí, cuál voy á ejecutar?» —En este examen previo el sér no ha dado ninguna orden todavía; pero sabe por convicción cierta, que ante él se extiende un sector disponible para su acción, esto es, la totalidad de movimientos que puede efectuar. Pues bien, la libertad experimental consiste en la visión clara y cierta, en la conciencia perfecta de este sector disponible; y el acto libre es la orden que va á dar el sér, la cual fijará su elección. De ahí se sigue que, para cada uno de nosotros, nuestra libertad real está exactamente proporcionada con la amplitud del sector disponible, y que aumentar esta amplitud con el acrecentamiento de la energía psíquica, con la ciencia y con la extensión del pensamiento, con el sentimiento del bien y de la belleza, con la fe religiosa, es engrandecer el dominio de la libertad. Para que la orden pueda pasar de la voluntad á los músculos, á fin de que el movimiento se efectúe, es indispensable un punto de contacto; el lugar de contacto es el encéfalo, máquina infinitamente compleja y misteriosa todavía. Cada decisión de esa energía psíquica que llamamos voluntad, desengasta, si de este modo puede decirse, una serie de acciones químicas y mecánicas, las cuales, según las leyes precisas de la fisiología, engendran los movimientos exteriores, es decir, los actos voluntarios que no son tales sino por su punto de origen.»

El libre albedrío no es, por lo tanto, en física experimental, más que el potencial del alma. Si se admite el potencial en mecánica, no se ve el motivo que pueda haber para negarlo en el orden psíquico. La ciencia contemporánea, que admitió en un principio, la noción de la materia ponderable, luego la del éter, la noción del movimiento actual, y después la noción del movimiento en potencia, se ve precisada á reconocer una fuerza más, la fuerza del alma, para satisfacer el conjunto de comprobaciones de hechos observables y observados. La física experimental demuestra que la moralidad es posible, y que se puede afirmar el deber y el libre albedrío, ó lo que es lo mismo, escapar al determinismo mecánico, sin perturbar en lo más mínimo el orden del universo.—A. S.—(De *Le Temps*).

No cabe dudar de que las conclusiones del distinguido Físico, carecen de la solidez que se halla en la doctrina de los Santos Padres de la Iglesia, ofreciendo puntos vulnerables al arma del materialismo, esgrimida por él en otros tiempos, y que, más que demostración de una verdad, es refutación de errores positivistas; pero así y todo, no carecen de suma importancia: se halla en ellas la manifestación evidente, de que la creencia en un espíritu anterior y superior á la materia se impone aún á los más incrédulos, y que cabe esperar una reacción favorable que levante el espíritu científico á la altura que le corresponde, haciéndolo derivar todo de quien todo lo sabe, y por cuya gracia podemos solamente recorrer el velo de las eternas verdades.

G. G.

## ÆTERNUS SACRÆ FAMILIÆ MAJUS

(ETERNO MAYO DE LA SAGRADA FAMILIA)

### JESU ROSÆ

Jesu, quinque rosæ fulgent in corpore sacro,  
 Tinctæ purpureo, Christe, cruore tuo.  
 Una sed ex illis rapit a me pignus amoris:  
 Est rosa, quæ nitida pectore fulget aqua.  
 Tu nos purpureis donasti Golgotha sertis,  
 Cum in cruce traxisti pectora nostra tibi.  
 Golgotha!.. o rubris gemmatum floribus hortum,  
 Rite fluentisonus quem cruor almus alit!..  
 Ah! sacrum liceat nectar libare rosarum,  
 Sub quo gemma latet mystica, dulcis amor.  
 Et liceat vivas haurire in pectore lymphas:  
 Si datur... ah! pectus purus amabo tuum.

### LAS ROSAS DE JESÚS

Cinco rosas resplandecen  
 En tu cuerpo sacrosanto,  
 Con tu sangre purpurina,  
 Jesucristo, salpicadas.  
 Una empero de las cinco  
 De amor la joya arrebátame:  
 Es la rosa que en tu pecho  
 Fulgura con puras aguas  
 Rociada. Tus purpúreas  
 Guirnaldas nos recrearon,  
 Cuando en la cruz hacia el tuyo  
 Nuestro pecho arrebataste.

O Gólgotha!.. ó huerto de flores  
 Encarnadas adornado,  
 Que sonantes tan bien riegan  
 Torrentes de pura sangre!..  
 Ah! pudiera de las rosas  
 Chupar el néctar sagrado,  
 Néctar bajo el que una perla  
 De prez mística resalta,  
 El dulce amor!.. si pudiera  
 En tu pecho vivas aguas  
 Beber!.. sería tu pecho  
 De mi puro amor el blanco.

## MARIE LILIA

Ut amat rosas fragrantés  
 Zephyrus, favosque ruris  
 Domina, et fluénta lymphæ  
 Timidus, citusque cervus;  
 Volitat cor ad vireta  
 Sata liliis, Maria.  
 Quasi nido alens pusillos  
 Philomela amore capta,  
 Cor, o Virgo recreasti  
 Thalamo micante sertis,  
 Tua quæ manus creavit,  
 Tua puritas rigavit  
 Mihi rore candidato.  
 ¡Quot, o Virgo, suavia ori  
 Ego melle dulciora  
 Niveis dedi labellis!...  
 Quot, o fulta liliorum

Genialibus coronis,  
 Pia verba protulisti!...  
 Quoties tenellum in almis  
 Tenuisti amanter ulnis!...

Tenerum, vibrante sole,  
 Tenerum, nitente luna,  
 Tenerum foves, Maria.

O, venite, cantilenæ,  
 Fidiumque dulce murmur,  
 Properate: virginali  
 Tenerum fovet vireto  
 Mea Mater, alma Virgo.  
 Properate, cantilenæ,  
 Quia cor amore languet.

## LAS AZUCENAS DE MARIA

Cual por las fragrantés rosas  
 Las tranquilas auras laten;  
 Cual sus colmenas aprecia  
 La abeja, dueña del campo,  
 Y del agua á las corrientes  
 Veloz y tímido avanza  
 El ciervo; del mismo modo  
 A los verjeles cuajados  
 De azucenas, ó María,  
 Mi corazón va volando.  
 Como en el nido alimenta  
 El ruiseñor á su amada  
 Prole, mi corazón, Virgen,  
 Recreaste en tu morada  
 Compuesta de ramilletes  
 De flores que hizo tu mano  
 Para mí; que con rocío,  
 Con rocío puro y cándido  
 Refrescó tu casto pecho.  
 ¡Cuántos besos, Virgen, cuántos

Más que la miel deliciosos,  
 Dí á tu frente con mis labios  
 Cual nieve blancos!... ó Virgen  
 A quien circundan guarnaldas  
 De festivas azucenas,  
 Cuántas palabras sagradas  
 Me dijiste! .. cuántas veces  
 Mil amorosos abrazos  
 Me diste siendo yo tierno!  
 Vibrando del sol los rayos,  
 Resplandeciendo la luna,  
 Tierno, María, me halagas.  
 Venid, venid, cantilenas,  
 Y de mi lira el suave  
 Canto, corred: pura Virgen,  
 Que es mi Madre, en su floresta  
 De azucenas virginales  
 Me acaricia. Venid prontas,  
 Cantilenas, porque lánguido  
 Al amor cede mi pecho.

## JOSEPH VIOLÆ

Venite ad hortum præpetes,  
 Venite, fabri; suffiunt  
 Violæ paterni pectoris  
 Joseph. Recondunt flosculi  
 Speciem, decus convallium;  
 Folium unione fulgido  
 Fortasse non distinguitur,

Sed... ecce pulchros foscucos  
 Joseph, humilis et indigi!...

Venerabilis penuriæ  
 Odore recreamini  
 Noctu, dieque: prædicat  
 En Patriarchæ foscucos

Joseph humilitas, o fabri.  
Caduca certa temnite:  
Miscete Joseph cœlicas

Violas rosis et liliis,  
Quæ cladis exstant inscia,  
Vigent, olentque in sæcula.

### LAS VIOLETAS DE JOSÉ

Al huerto venid, obreros,  
Venid, venid sin tardanza:  
Del pecho las violetas  
De José que es nuestro Padre  
Exhalan gratos olores.  
Su hermosura, honor del valle,  
Estas flores diminutas  
Esconden; tal vez no se halle  
En sus hojas rica perla,  
Mas... contemplad, artesanos,  
De José, pobre y humilde,  
Las florecillas lozanas!..  
Día y noche, á todas horas

Su pobreza venerable  
Os brinde con sus colores:  
Obreros, también ensalza  
Las hermosas florecillas  
La humildad de nuestro Padre,  
San José. Desprecio eterno  
Para caducas guirnaldas.  
Vosotros unid violetas  
De José, flores sagradas,  
A las rosas y azucenas  
Que la muerte nunca saben,  
No se marchitan, y huelen  
Por miles de eternidades.

T. V. E.

### EL SUEÑO DEL NIÑO

Cuán bello! en su frente do ríe la aurora  
Su madre extasiada mil besos grabó,  
Meciendo en la cuna la prenda que adora.....  
¡Oh madre felice,  
Qué hermoso es el ángel que el cielo te dió!

Sus rubios cabellos son rayos dorados,  
Sus ojos azules respiran amor,  
Y son cual corola sus labios rosados  
De un lindo capullo  
Que en día de Mayo nació de una flor.

Ah! duerme..... dejadle; dejad que su mente  
Contemple visiones de luz celestial;  
Dejadle, que el ángel que vela riente  
Su sueño tranquilo  
Le cuente sus dichas, su amor fraternal.

¿No veis en sus labios vagar la sonrisa?  
¿No veis una imagen volar por su sien?  
Quizá el niño sueña que besa la brisa  
Su rubio cabello  
Y en brazos de un ángel se eleva al Edén.

R. O. E.

## CARTAS

## AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

## XII

Mi querido Conrado: no fué olvido, ni exceso de ocupaciones, sino falta de salud, lo que me impidió contestarte antes, y te ha precisado á repetirme tu última. Ya repuesto de mi indisposición, voy á ocuparme en tus reparos. Me dices en la primera: «*Si Dios quiso ser Creador, sólo porque Cristo había de ser Redentor; ¿cómo es que se determinó á una vida tan penosa, á unos sufrimientos tan horribles, á una muerte tan infame como cruel, pues que dejando de crear al hombre, se libraba del trabajo de redimirlo?*» Y en tu segunda, me añades: «*Si la causa de la Encarnación del Verbo y del Sacrificio de Cristo, no fué la redención del hombre culpable; ¿cómo es que la Iglesia asegura dogmáticamente aquello que se lee en el Credo: Qui propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de caelis?*» otros reparos secundarios me opones, pero todos pueden reducirse á los preinsertos.

A todo lo cual respondo con una sencilla rectificación del pensamiento que me atribuyes, y que en tus cartas reproduces algo modificado. Repongo mi punto de partida, y me serviré de las mismas palabras que usé en mi anterior carta, como puedes comprobarlo, con sólo volver á leerla. Allí dije, y ahora repito: «*Debes partir del supuesto, de que el Verbo divino había de encarnarse para dar á conocer al Padre, y honrarlo y alabarle y glorificarlo condignamente, y que á este efecto debía existir la humanidad, la cual sería, lo que debía ser para que la misión del Verbo divino se realizara en las mejores condiciones y obtuviera el éxito más satisfactorio.*» Y más adelante dije: «*Los intereses de la humanidad prevista por Dios, no podían pesar tanto en los planes divinos, que motivaran la Encarnación del Verbo Eterno. Los motivos de la Encarnación del Verbo sólo existen en Dios mismo. El Verbo quiso hacerse hombre, porque así convenía á la gloria de Dios, y la humanidad era presupuesto necesario.*» Ahí tienes bien precisado mi punto de partida, y de él deduje que la humanidad del plan divino fué la humanidad pecadora y degradada, no la humanidad paradisíaca é inocente, apoyando esa deducción en observaciones del orden filosófico unas y otras del orden teológico. Creo que empleé una argumentación cerrada y concluyente.

Pero tú, sin fijarte en el fondo doctrinal de mi carta, me objetas la autoridad de los que han enseñado que la caída de nuestros primeros padres fué causa de la Encarnación del Verbo, y que Cristo padeció y murió para redimirnos y salvarnos, y

aún añades que la Iglesia entiende y enseña que la Encarnación del Verbo y el Sacrificio de Cristo fueron consecuencia de las escenas paradisiacas. Reconozco de buen grado la verdad de cuanto me opones. Pero niego rotundamente que haya oposición entre mi doctrina y el sentir de la Iglesia. Esa oposición sólo existe en apariencia, á consecuencia de una inteligencia superficial de la verdadera doctrina cristiana. Yo afirmo y sostengo que el plan eterno de la creación del mundo y de la salvación de los hombres tenía por objeto primordial la gloria de Dios; que ese plan ha sido único, irreformable, no modificado en previsión de los hechos futuros, concebido y combinado en un momento indivisible allá en el fondo de las eternidades; que la Encarnación del Verbo divino entraba en ese plan desde que Dios eternamente lo adoptó; que formaba parte del mismo la humanidad histórica, y todo el sistema de la Redención; que es absurdo suponer que Dios hubiera tenido un plan basado en la existencia de la humanidad justa é inocente, y que á consecuencia de la desobediencia paradisiaca, ese plan fué reformado, comprometiéndose el Verbo á restaurar el plan primitivo, y subordinando la misión de Cristo á las veleidades del hombre. Todo esto es para mí cierto, es indiscutible; suponer que Dios quería otra cosa distinta de lo que ha sucedido; suponer, que el Verbo no entraba en el plan primitivo; suponer que el pecado del hombre motivó la Encarnación del Verbo; suponer que hubo dos planes divinos, uno que debía realizarse, y otro que fué el que se realizó; todo es eso indigno de Dios, es inconciliable con la inteligencia infinita de Dios; desdice de la majestad soberana de Dios.

Ya sé que se dice y se repite, y yo mismo lo he dicho y lo repito, que el amor que Dios nos tiene es tan intenso, que no reparó, viendo que nuestros primeros Padres nos habían cerrado las puertas del cielo, en entregarnos su mismo Hijo Unigénito, el cual para redimirnos de la esclavitud del pecado, se hizo hombre, y para salvarnos murió en una Cruz, y para enseñarnos el camino del cielo vivió pobre, humillado, obediente, ultrajado. Son innumerables los pasajes bíblicos en que se consigna la especie de que Dios permitió el sacrificio de su Hijo para nuestro bien. Hasta la Iglesia canta el día de Sábado Santo: *O inestimabilis dilectio charitatis! ut servum redimeres, Filium tradidisti! O felix culpa quæ talem ac tantum meruit habere Redemptorem!* Todo esto está bien y es muy verdadero. Lo que no admito es la incompatibilidad que tú ves entre estas enseñanzas y mi doctrina. Tú reconoces que Dios, para reparar los efectos de la prevaricación adámica, consintió en la Encarnación del Verbo Eterno y en el Sacrificio del Calvario; también lo reconozco yo; pero tú sacas la consecuencia de que aquella prevaricación fué la causa única, ó al menos la principal, de toda la misión desempeñada por Jesucristo, y ahí está tu error. El Verbo se hizo hombre para

la gloria del Padre Eterno; esa gloria reclamaba que Jesucristo hiciera propia la causa de la humanidad, y por esto se constituyó en víctima propiciatoria por nuestros pecados y murió en el Calvario.

Aquí, ocurre preguntar; ¿es cierto que el Verbo se encarnó para redimir y salvar al hombre? Sí, y decir lo contrario sería negar la verdad revelada. Pero ¿se encarnó el Verbo y redimió al hombre y le puso en camino de sus eternos destinos, movido por el amor al hombre? También esto es innegable. Pero ese amor al hombre fué la causa determinante de la Encarnación del Verbo y del sacrificio de Jesucristo? Aquí ya no convengo contigo: te he demostrado que esa causa determinante no está en el hombre, sino en Dios, no en la salvación de los hombres sino en la glorificación del Eterno Padre. El que el Verbo Divino se determinara á vivir como hombre, para que la creación resultara obra digna de Dios y de ella recogiera el Creador una alabanza condigna, no excluye el amor que Jesucristo nos profesó, ni que obrara nuestra salvación á costa de su vida, ni que se sometiera á los más atroces tormentos en nuestro propio beneficio. Sino que todo cuanto el Hijo de Dios realizó en bien de los humanos, estaba subordinado, así en el plan eterno, como en el deseo y en el corazón de Jesús, al honor y á la gloria del Eterno Padre, de tal manera que todo cuanto se ha realizado por el Creador, en el orden natural, y por Jesucristo en el orden sobrenatural, todo ha tenido por objeto principal y adecuado la glorificación de Dios, y como fin secundario y subordinado la salvación del hombre.

Reflexióna ahora sobre el valor de las objeciones que me presentas, y á la luz de la anterior observación verás, que al establecer yo que la creación está condicionada á la Encarnación del Verbo Divino, y la Redención de los hombres á la glorificación del Eterno Padre, de modo que sólo haya existido un plan divino, y que éste es el que históricamente se ha desenvuelto, señalo á cada cosa su lugar correspondiente, reconociendo como primario y fundamental, lo que principalmente intentaba Dios, y dando un valor secundario á lo que realmente estuvo subordinado y condicionado al éxito final del plan divino. Pero tú, tomando una dirección opuesta, llegas hasta el Deicidio del Calvario, y buscas la causa de él en la caída de nuestros primeros Padres, y te empeñas en limitarlo á un simple remedio de los males producidos por aquella caída, y calificas de novedad peligrosa todo lo que te muestro más allá de ese reducido horizonte por tí recorrido. Yo no te niego ninguna de tus afirmaciones; pero si establezco otras afirmaciones mas comprensivas y luminosas, que reducen las tuyas á un lugar secundario, sin despojarlas empero de la gravísima importancia que realmente tienen, pero que es inferior á la que revisten las afirmaciones por mí consignadas y que por derecho propio ocupan el sitio de honor y de preemi-

nencia. Mas tú, lejos de rendirte á la evidencia de las afirmaciones que he formulado, te empeñas en cerrar lo ojos para no verlas, y sin negarlas, ni disculparlas, te desentienes de ellas, abrazándote á tus viejas convicciones, como si en realidad fueran incompatibles. Yo no te digo: abandona esas tus opiniones religiosas que son falsas, y adopta estas otras, que son las verdaderas: no es ese mi lenguaje, sino este otro, por cierto muy distinto: Lo que crees acerca del sistema de la Redención, es cierto y yo lo creo como tú; pero levanta la vista á lo mas alto, y descubrirás nuevas verdades que te aclararán las que ahora tienes y profesas, y adquirirás una noción más clara y más racional del sistema religioso por Dios establecido.

Creo haber satisfecho cumplidamente á los reparos de tus cartas. Y como nada me dices acerca de las consideraciones que te hice en mi última, para demostrarte que el hombre caído, degradado, pecador, se prestaba mejor que el hombre inocente y paradisiaco para la realización de los planes divinos, deduzco que debes estar de acuerdo conmigo en este punto concreto, que es uno de los más importantes. En él hallaremos la clave que ha de darnos la explicación de la moral evangélica. Y ante todo observa, querido Conrado, los vínculos sustanciales que unen á la religión y á la moral, y que en mi anterior carta quedaron de manifiesto. En ella comparé el culto que da á Dios el hombre histórico, redimido por Jesucristo, con el culto que le hubiera tributado el hombre constituido en imperdible justicia original, y deduje la superioridad de aquél sobre éste, de la necesidad en que el hombre degradado se halla de reaccionar sobre sí mismo, de luchar contra sus naturales tendencias, de desenvolver sus personales energías, para secundar la acción sobrenatural de Jesucristo. En las tendencias pecaminosas del hombre caído, en la lucha que debe sostener contra sus apetitos y concupiscencias, en el esfuerzo que debe realizar para reconquistar la libertad de indiferencia y el equilibrio perdidos, hallé en la carta anterior los motivos que justifican la preferencia dada por el Verbo al hombre histórico, para hacerlo instrumento adecuado de la glorificación divina, y en esas mismas condiciones de nuestra naturaleza caída hallo la razón fundamental de la moral practicada y recomendada por Jesucristo. La moral evangélica, moral de abnegación, de humildad, de pobreza, de obediencia, de mortificación, de cruz, es necesaria para que el hombre racional se imponga al hombre animal y concupiscente, y se sitúe en disposición de cooperar á los planes sobrenaturales del divino Redentor. Esa moral representa el esfuerzo personal realizado por el hombre caído, para dar al Creador el culto de honor y de gloria que espera de las criaturas. Sin esa moral, el hombre histórico correría tras sus inclinaciones apetitivas y sensuales, y consumiría sus energías en complacerse en sí mismo y en las demás criaturas, y viviría

completamente olvidado de su Creador, y éste ningún fruto recogería de la grande obra de la creación. Así es como en el sistema cristiano la religión y la moral se compenetran mutuamente y son en la vida humana inseparables.

Dedúcese de lo expuesto, el error crasísimo en que incurren los que miran á la moral evangélica como cosa de consejo, y no como una necesidad de nuestra situación caída y degradada en virtud del pecado de origen. Esa moral cristiana tiene por objeto principal establecer el dominio del hombre superior sobre el hombre inferior, la subordinación de la carne al espíritu, la reintegración de la libertad menoscabada por los atractivos concupiscentes, el recobro de aquel equilibrio dichosísimo que reinaba entre las facultades humanas en el estado de inocencia paradisiaca; y todo eso para habilitar al hombre y disponerle á recibir y beneficiar las influencias sobrenaturales de la vida divina comunicada por Cristo. Enseñan algunos que el cristiano debe amar y practicar las áusteras virtudes evangélicas, la humildad, la mansedumbre, la obediencia, la pobreza, la modestia, la abnegación, la mortificación, la caridad, la misericordia, el desprendimiento, la resignación, el perdón de las injurias, el amor á los enemigos, la represión de las concupiscencias, la guarda de los sentidos, el enfrenamiento de los apetitos, el desapego de los honores, de las riquezas, de las comodidades temporales; porque Jesucristo así lo practicó y porque así nos lo recomendó de palabra y por obra; y aunque es cierto, de modo que obrando de otra suerte inútilmente se lleva el nombre de cristiano; pero debe tenerse presente, que esas virtudes fueron practicadas y recomendadas por Jesucristo, por ser una necesidad de nuestra naturaleza caída y degradada; no como prácticas loables y meritorias, sino como actos imprescindibles; no como consejos saludables, sino como condición de rehabilitación y de ascensión al orden sobrenatural que por su sacrificio nos mereciera. Practicando la moral evangélica sacamos del fondo de nuestro sér energías personales con que nos aproximamos á Dios; ponemos algo de nuestro individualismo en nuestro empeño de honrar á Dios; del seno de las criaturas sale una aspiración hacia el Creador. Imposible nos es imitar á Cristo, seguir la moral que nos propuso, obedecer á los llamamientos de su gracia, sin posponer las criaturas al Creador, sin sacrificar nuestro gusto en aras de la voluntad divina, sin desenvolver nuestra ingénita virtualidad en obsequio á Dios.

No es que nuestro Padre celestial se complazca viéndonos humillados, contrariados, afligidos, llenos de privaciones, de contrariedades, de penas y amarguras; no debemos practicar la moral evangélica porque el sacrificio que impone sea más grato á Dios que las inefables dulzuras que acompañan á la inocencia; no honramos á una Divinidad ceñuda que halle sus complacen-

cias en nuestros tormentos y mortificaciones; si Cristo nos prescribió las austeridades de la moral evangélica, es porque conociendo las condiciones de nuestra naturaleza caída, sabía que esa moral era el antídoto del veneno inoculado en nuestras venas por la desobediencia primera; sabía que esa moral era indispensable para que no cediéramos á los atractivos de las criaturas, á los consejos del amor propio, á los estímulos de las concupiscencias, olvidándonos completamente de Dios y de nuestros inmortales destinos, y esterilizando el árbol de la Cruz y privándonos del sacrificio del Calvario. No calificuemos de buena la moral cristiana única y exclusivamente porque fué preferida y recomendada por Jesucristo, sino que debemos reconocer y tener por cierto y averiguado, que Cristo practicó y recomendó la moral evangélica; porque dadas las condiciones del hombre histórico, del hombre caído y enfermo, era necesaria é insustituible. Es la moral más conforme á la naturaleza del hombre.

Seguramente que si el hombre hubiera conservado la justicia original en que Dios le había creado, y el Verbo Divino se hubiera encarnado en medio de una humanidad justa é inocente, con los apetitos sometidos á la razón y con la razón guiada por la voluntad divina, nos hubiera propuesto Cristo una moral bien distinta de la evangélica. El amor, la mansedumbre, la modestia, la benignidad, la sencillez candorosa, la generosidad, la pureza, todas las virtudes inseparables de la inocencia de costumbres, hubieran sido preceptuadas por la moral cristiana, á la cual hubieran sido indiferentes la mortificación, la pobreza, la humildad, las maceraciones, todas esas virtudes que tienden á restablecer el predominio del hombre espiritual sobre el hombre pecador, degradado, concupiscente. El hombre paradisiaco hubiera seguido las influencias sobrenaturales de la gracia de un modo espontáneo, sin tener que violentarse, sin experimentar resistencias interiores, sin verse solicitado en sentido contrario por los apetitos sensitivos, por los atractivos de las criaturas, por los malos hábitos contraídos, por el agujoneo de las pasiones perturbadoras. Perfectamente equilibrado el hombre superior y el hombre inferior, las mociones sobrenaturales de la gracia hubieran asegurado el fin supremo del hombre, constituido en dócil instrumento de los planes salvadores del Verbo Encarnado.

Mas en el estado de desequilibrio que nos produjo la desobediencia adámica; dada la tendencia enérgica que experimentamos hacia lo sensible, hacia lo terreno, hacia lo que place á nuestras concupiscencias, hacia lo que halaga nuestros sentidos, hacia lo que estimula nuestros apetitos; presupuesta la flaqueza y la inconstancia de nuestra voluntad y teniendo en cuenta la repugnancia que sentimos hacia lo sobrenatural y eterno y la facilidad con que corremos hacia el bien sensible y perecedero; es indudable que abandonados á nuestras propias iniciativas y

dejados en manos de nuestro propio consejo, antepondríamos constantemente los bienes terrenales á los bienes eternos y que despreciaríamos los llamamientos de la gracia y que resistiríamos los impulsos sobrenaturales, cediendo siempre á los estímulos de la concupiscencia que nos brinda con goces fascinadores. De aquí la necesidad de oponerse resueltamente á esa tendencia avasalladora del hombre inferior, contrariándolo, combatiéndolo, haciendo esfuerzos para dominarlo, para esclavizarlo, para anularlo, de manera que no pueda oponerse á los intereses del hombre superior solicitado por la gracia merecida por Cristo. Y esta subordinación del hombre inferior se obtiene mediante la práctica de la moral evangélica, que si exige esfuerzos personales, nos pone en condiciones de seguir la voz de nuestro Redentor y Salvador adorable, uniéndonos á su misión y juntamente con El alabando al Eterno Padre. Gracias á esa moral, nos vemos precisados á desenvolver nuestras ingénitas energías, en nuestro empeño de alabar á Dios, pues debemos unir nuestra acción personal á la acción sobrenatural de Cristo. El Creador, á la vista de nuestras alabanzas y adoraciones, no sólo se complace contemplando en nosotros la obra de su Hijo hecho Hombre, sino viendo que las simples criaturas se mueven por impulso propio hacia los fines á que las conduce el Salvador divino.

Otro día continuaré desarrollando esta idea, ya que la presente se ha alargado demasiado.

Manda á tu afmo. a. y s. s. q. t. m. b.,

O. S.

*Barcelona 14 de Mayo de 1893.*

## PENSAMIENTOS

Debajo de la palabra amor se encierran estas seis: amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar y edificar.

*Granada.*

\*  
\* \*

Yo no me acuerdo haber leído que un cristiano que durante su vida se haya aplicado á las obras de caridad, haya tenido una mala muerte.

*San Jerónimo.*

\*  
\* \*

Siempre fué cosa peligrosa aumentar las contribuciones y apretar mucho á los súbditos. Muchas veces leemos que ello ha sido la causa de que se turbara la tranquilidad de los reinos, y aún de que éstos se perdieran.

*Rivadeneira.*